

LA MADRE

«Si no os hiciéreis como niños...» (Mt 18,3).

A Ella...

*—que el pueblo inmenso del mundo hispano
venera de siempre y ama como a Madre—
... con singular cariño y ternura filial.*

FE CATOLICA

*12 de octubre, Ntra. Sra. del Pilar,
Día de la Hispanidad*

GINES DE MARIA RODRIGUEZ, F. S. C.

LA MADRE



«Totus tuus, había susurrado yo tantas veces en la oración ante esta imagen.»

«¡Todo por medio de María! Esta es la interpretación auténtica de la presencia de la Madre de Dios en el misterio de Cristo y de la Iglesia... porque «la paternidad santísima de Dios, en su economía salvífica, se ha servido de la maternidad virginal de su humilde esclava, para realizar en los hijos del hombre la obra del Amor divino...» Por eso «la veneración, el amor, la devoción a la Virgen no pueden desaparecer de nuestro corazón; más aún, deben crecer y manifestarse en un testimonio de vida cristiana... para oír latir el corazón de la Iglesia y de la Patria en el Corazón de la Madre...»



*Totus Tuus
Joanna Paulus PP. 2^o*

Con estas palabras del Sumo Pontífice, FE CATOLICA dedica este libro al Corazón Maternal de Nuestra Señora.

8 de septiembre de 1979, Natividad de Nuestra Señora

CXXV Aniv. Definic. Dogm. de la Inmaculada Concepción.

XXV Aniv. Consagración de España al Corazón de María.

Con permiso de los Superiores

Con licencia del Arzobispado de Madrid-Alcalá

Portada:

Alonso Cano (Museo del Prado, Madrid)

© FE CATOLICA-EDICIONES (Reg. Edit. núm. 20/66) • Maldonado, 1 • MADRID

I. S. B. N.: 84-7072-084-8

Depósito Legal: M-31021-1979

Edición Autorizada a:

EDICIONES Y DISTRIBUCIONES "LUX MUNDI"

Apartado 580 • 39080 Santander • Tfno. y Fax: 942 709424

Obra recomendada por la Asociación Cultural:

"Mensajeros de la Vida"

Apartado 580 • 39080 Santander

PROLOGO

A la 2ª Edición

"Por sus frutos los conoceréis" (Mt 7,16) dice el Señor. Pues bien, las obras del hermano Ginés rezuman el "buen aroma" del alma encendida en las llamas del Espíritu Santo. Así ocurre en el presente Libro: Después de hacer un recorrido por las cumbres de las prerrogativas de la Madre de Dios, y uniendo –como S. Juan Eudes– en un mismo latir a los Corazones de Jesús y de María, nos lleva el Hermano a contemplar esta gozosa realidad en el Misterio Eucarístico.

Cuánto se habrá alegrado desde el Cielo nuestro humilde y cariñoso mariólogo, al conocer las palabras que, como Madre y Maestra de la Iglesia, dirige la Stma. Virgen al P. Gobbi, y que –con licencia eclesiástica del Cardenal Echevarría– han dado la vuelta al Mundo, en el Providencial Vehículo llamado "Movimiento Sacerdotal Mariano". Es un Mensaje que confirma la autenticidad de ese "pétalo" que descubría el Hno. Ginés en la "Flor de las flores". Dice así:

*"Junto a Jesús, que se inmola, se repite también la ofrenda dolorosa de su Madre Celestial, que **está siempre presente al lado de cada Altar** sobre el cual se celebra la Santa Misa, como lo estuvo durante el largo y doloroso Viernes Santo".*

(P. Gobbi, 20 Abril-84, Viernes Santo)

*"Yo soy la **Madre del Santísimo Sacramento...** Por ser Madre de la Encarnación soy también Madre de la Redención... **Soy Verdadera MADRE DE LA EUCARISTÍA** porque Jesús se hace realmente presente en el momento de la Consagración... con su Divinidad y con su Cuerpo Glorioso, aquel Cuerpo que*

le fue dado por su Madre Celestial, verdadero Cuerpo nacido de María Virgen.

Hijos, el suyo es un Cuerpo Glorioso, pero no diverso; o sea, no se trata de un nuevo nacimiento Suyo. En efecto: es el mismo Cuerpo que Yo le di: nacido en Belén, muerto en el Calvario, depositado en el Sepulcro y desde allí Resucitado, asumiendo entonces una forma nueva, su forma Divina, la de la Gloria.

*Jesús en el Paraíso con su Cuerpo Glorioso, sigue siendo Hijo de María. Así, Aquel Cuerpo con su Divinidad, que ustedes engendran en el momento de la Consagración Eucarística, es siempre Hijo de María. Yo soy, por tanto, **Madre de la Eucaristía.***

(En Rubbio-Vicenza, el 8 de Agosto de 1986)

Ojalá no tardemos mucho en ver prendida esta advocación en las letanías del Santo Rosario. Se lo hemos pedido al Papa. Contamos con la ayuda del Hno. Ginés y la de todos los Bienaventurados; en especial de San José. Nos queda solamente esperar.

Los Reyes Magos *“entrando en la casa **vieron al Niño con María, su Madre, y postrándose Le adoraron**”* (Mt 2,11). No nos cabe la menor duda que es así como hemos de adorar a nuestro Rey Eucarístico: en María, la Primera y Mejor Custodia. Ella sacará de la Fuente Eucarística –el Corazón de Jesús– el Agua Viva que necesitamos para atravesar el desierto terrenal, y alcanzar la Vida Eterna en el Paraíso.

Hacia tiempo que buscábamos esta joya para reeditarla. Nuestro agradecimiento a “Fe Católica”, al permitirnos recoger el “Testigo” de cariño filial a la Madre de Dios, que el Hno. Ginés les entregó.

A las puertas del mes de Mayo del 2001.

ALEJANDRO JIMÉNEZ ALONSO
Ediciones y Distribuciones “LUX MUNDI”

PRESENTACION

El LIBRO sobre la Virgen María, que tienes en tus manos, está escrito con el corazón. Porque su autor es uno de esos hombres que Jesucristo suscita para que los demás recordemos y amemos a su MADRE. Es un encargo suyo especial que reciben algunas almas. El autor de este libro es una de ellas. Digo escrito con el corazón, lo cual significa: con mucho amor, con mucho entusiasmo, con calor... Pero sabiendo perfectamente lo que dice.

El autor ha encanecido enseñando y formando cristífanamente a miles de jóvenes, y muchos de ellos saben con qué acierto, con qué competencia científica y pedagógica lo ha sabido hacer. Ahora, antes de partir para el más allá, quiere dejarnos este libro, recuerdo vivo de su amor a la Señora, para, por medio de sus páginas, seguir diciendo lo que sus labios tantas veces dijeron, algo de lo que él llevaba en su corazón.

Algunos tacharán de maximalistas algunas de las afirmaciones que aquí se hacen sobre la Virgen. Pero el autor se explica bien y razona sobre ello. Al menos, hay que concederle tanto derecho y más que a los «minimistas» en este terreno. Porque, sobre todo, en el amor a la Virgen, nuestra MADRE, no hay peligro de excesos. Al Señor le glorifica que la amemos, y al hacerlo le amamos a El. No es posible amarle a El sin amar a su Madre.

La anécdota que contaba el cardenal de Bélgica en el CONGRESO MARIANO INTERNACIONAL de Zagreb de 1971: A veces, acompañando al rey de la

nación, ha notado que dan vivas a la reina sin estar ésta presente. Y la explicación se la han dado las gentes sencillas. Que lo hacen «porque sabemos que le gusta al rey...»

Este LIBRO, estoy seguro, le gusta al Señor. Ojalá te guste a ti también.

B. JIMENEZ DUQUE



Introducción

LA MADRE

Una historia

En un lugar de Castilla, cuyo nombre no he sabido nunca, existía una modesta familia que vivía del cultivo de unas tierras y del producto que les daban algunos animales domésticos.

Tenía este matrimonio dos hijas y un hijo. La mayor de aquéllas, joven agraciada de diecisiete años, estaba enamorada de un muchacho de su edad, y un día de fiesta se lo manifestó. Estos amores así manifestados suelen ser ciegos, demasiado carnales y expuestos a desembocar en hechos desagradables y muy perjudiciales para tales protagonistas. Efectivamente, al poco tiempo se halló que la joven había concebido, y no asintiendo él en casarse, ella determinó huir de la casa paterna a una ciudad lejana.

Una mañana, sin que sus padres lo advirtiesen, fue a la estación de ferrocarril y tomó el primer tren que la llevó a la ciudad deseada. Había escrito en un papel: «Padres, me voy a servir; estén tranquilos y no se preocupen de mí.»

Llegó a la ciudad antes del mediodía. No conocía a nadie, ignoraba las calles y, al verse sola y sin recursos, sintió el peso de la desgracia. Pero en un gesto de su fe cristiana, levantó el corazón a la Virgen y, movida por un noble pensamiento, entró en una iglesia. Era la capilla del Hospicio pro-

vincial, y una Hermanita de la Caridad se disponía a cerrar el templo, que se hallaba en la más completa soledad.

Preguntó qué centro era aquél, y al enterarse que se trataba del Hospicio, manifestó deseos de ver a la Superiora. La Hermanita, amable y complaciente, la llevó enseguida. Allí, a solas y sumergida en un mar de lágrimas, le declaró todo lo ocurrido.

¡Llora, que el llanto tiene enseñanzas...!
¡Llora, llora!, que el llanto guarda esperanzas,
¡aromas del corazón!

Es cierto; no hay lágrima que no apague una brasa y que no fecunde una flor. Si todo llanto guarda esperanzas, ¡cuánto más si la que llora es una madre!

La Superiora, llena de compasión hacia la joven, se sintió movida a favorecerla plenamente y la acogió en el establecimiento, empleándola en las labores de lavado y cosido de ropa hasta que le llegase la hora.

Dio a luz un hermoso niño, que fue inscrito y entregado en aquel centro de beneficencia. Ella misma le criaba, a la vez que seguía casi con las mismas ocupaciones.

Llevaba ya más de un año criando a su hijo, situación que no le satisfacía; y es que la mentalidad de aquella joven había cambiado de modo extraordinario. En su alma se habían despertado sentimientos muy diversos. El buen ejemplo de las monjitas y del personal de aquel centro de educación habían influido en ella de tal modo, que llegó a pensar hacerse religiosa; pero el impacto que había dejado en su alma el pecado, aunque ya perdonado por el sacramento de la Confesión, la hacía considerarse indigna de tan alto honor. ¡Qué lástima no llegara su valor y decisión a consagrarse a Dios por el resto de su vida...!

Al rechazar aquellos nobles sentimientos de hacerse religiosa, pensó abandonar el Hospicio, pero

se decía: ¿Cómo abandonar al hijo de mis entrañas? Se entabló en ella una lucha tremenda, hasta quitarle la paz del alma.

La Superiora la tranquilizó y le propuso si quería aceptar un puesto de sirvienta en una familia cristiana de muy buena posición, matrimonio sin hijos que la tratarían como si fuese una hija.

Piénsalo bien, le dijo, y pide a la Virgen que te abra camino a seguir según tus ilusiones. No obres con precipitación. ¿Quién sabe si estará ahí tu próspera ventura!

La joven reflexionó y pidió a la Virgen la iluminase para acertar con el camino que más la conviniere. Pesó los pros y los contras, y viendo que tal colocación le convenía, aceptó la propuesta y, arregladas las cosas, se marchó decidida a probar la nueva vida.

Años después...

Aún no había cumplido esta joven los veinte años, y parecía tener como impronta de su vida el pundonor más exquisito. Las contrariedades, penas y tribulaciones habían hecho de esta joven una dama distinguida, y al colocarse en el ambiente de este matrimonio señorial supo amoldarse y fue muy apreciada y querida, sintiéndose feliz, aunque con el pensamiento en su niño, pues el corazón de una madre nada lo puede llenar si no es el fruto de sus entrañas. Sin embargo, con el correr de los años pasados sin verle, se iba poco a poco olvidando... Por otra parte, ya no podía figurárselo.

En este confortable hogar se deslizaron sus años juveniles, sirviendo con abnegación y también con alegría, pues aquella noble familia la trató siempre como a una hija. Por otra parte, con su conducta y delicado trato se llenó de prestigio, y era muy respetada y querida de cuantos la trataban.

Frisaba ya los treinta años cuando, un día, el panadero que diariamente les llevaba el pan, y que, poco más o menos, era de su edad, se manifestó con la mucha formalidad que le caracterizaba. Ella contestó que se trataba de una cosa muy seria, y que era preciso pensarlo mucho y pedir a la Virgen iluminara a los dos antes de comprometerse en cosa de tanta importancia.

Se conoce que la Madre del Cielo les oyó y todo se arregló favorablemente, pues tanto a los señores como a los fa-

millares les pareció ventajoso tal matrimonio. Los señores asistieron a las nupcias, dando así realce al acto, y después del banquete de boda tuvieron la brillantez de ofrecer a la novia una cartilla de la Caja de Ahorros con una bonita cantidad.

Algún tiempo después ofrecieron al panadero un puesto de ascenso en una nueva y gran panadería establecida por el Trust Triguero en una población a bastantes kilómetros, ofreciéndole el cargo de «Maestro de pala», máximo puesto a que podía aspirar. Aceptó con la natural complacencia, y allí se instalaron en una buena casita donde tuvieron buen pasar, pero no tuvieron hijos.

«¡Quiero conocer a mi madre!»

El niño del Hospicio era ya un joven que le tocaba ir a cumplir el servicio militar. Estaba educado en cristiano, con la cultura y formación integral que saben dar en esos establecimientos. Era rubio y bien parecido, de temperamento equilibrado y muy sociable.

Al llegar a los catorce años enseñaban a estos chavales varios oficios, según sus gustos y habilidades. Nuestro protagonista escogió el oficio de sastre, y más tarde, cuando ya lo hubo aprendido, rogó le enseñaran el de panadero.

Cuando llamaron su reemplazo tuvo que ir al cuartel, siendo destinado a un regimiento de Infantería, donde aprendió con facilidad la instrucción y todas las ordenanzas militares, que llegó a saber perfectamente de memoria, distinguiéndose además como excelente soldado.

Al licenciar el reemplazo de los veteranos quedaron vacantes varias plazas de Cabo. Los jefes del regimiento dispusieron un cursillo preparatorio para escoger a los más capacitados que aspirasen a serlo.

Nuestro soldado se presentó al cursillo de aspirantes a Cabo, el cual siguió con gran aprovechamiento, mereciendo el ascenso. Al incorporarse el siguiente reemplazo lucía ya sus galones rojos, y por su afabilidad y simpatía iban a él los nuevos sol-

dados con suma confianza. Entre los quintos había muchos que no sabían leer ni escribir, pues esto ocurría el año 1910.

Estos soldados analfabetos acudían a él rogándole por favor les escribiese las cartas que enviaban a sus padres. Ellos pensaban la carta y el Cabo las escribía. Cuando decían con encantadora sencillez: «Queridos padres» — «Y a ti, madre querida» — «No puedo olvidar tus cariños» — «Madre, quiero que me mandes tu retrato para tenerte conmigo y besarte muchas veces» — «Madre, lo que más echo de menos aquí en el cuartel es que no te veo, pero no me olvido nunca de ti» — «Madre, me voy a retratar con el uniforme nuevo para mandártelo y puedas darme un beso, como todas las noches me lo dabas antes de acostarme...»

Y así una y otra carta, y todas las cartas llenas de amor filial, de cariño entrañable hacia la madre... Mientras escribía se decía interiormente: ¿Qué tendrá la madre, que todos estos mocetones la quieren tanto? Todos la llevan en el corazón..., y yo..., ¡desgraciado de mí!, ¡no he conocido a mi madre! ¡Si yo pudiese verla, y besarla, y abrazarla contra mi corazón! ¡Madre mía!, ¿dónde estarás? ¿Cómo será tu rostro? ¿Cómo serás tú...? Y seguía escribiendo cartas a las madres de los soldados, y siempre con el mismo ritmo cariñoso de amor de hijo.

Una noche no pudo dormir pensando en su madre, y se decía a sí mismo: «Nunca había sentido yo esa inquietud por conocer a mi madre, por saber de ella. Pero al ver y palpar el amor de estos jóvenes soldados hacia su madre, se ha despertado en mí un deseo tan grande, una ansia indefinible de verla, de besarla y de estar con ella, que no me deja dormir.»

Y en aquellas horas de insomnio una idea relámpago le sugirió la determinación de ir al Hospicio y preguntar cómo se llamaba su madre, de dónde era, dónde estaría ahora... «Yo la buscaré sin cesar hasta encontrarla.»

Efectivamente, el primer día libre que tuvo se fue allá con la única y exclusiva intención de averiguar todos los datos necesarios para buscar a su madre.

La antigua Superiora, ya viejecita, permanecía todavía en aquel establecimiento esperando la hora de recibir el premio eterno, merecido en sus sesenta años de vida religiosa. El Cabo pidió y obtuvo permiso para hablar con ella. Después de saludarla con el respeto y cariño de siempre, le dijo: «Hermana, nunca me dijo usted nada de mi madre. Dígame cosas; siento una nostalgia enorme. Yo quiero saber de mi madre, quiero conocerla, buscarla, y no cesaré hasta hallarla. ¡¡Sí, yo quiero conocer a mi madre!!»

«Hijo mío —contestó la antigua Superiora—, nunca me preguntaste sobre el particular. Yo recuerdo que hace unos veinte años tu madre, que te estaba criando, se fue de aquí y te dejó muy niño. Se colocó de sirvienta en una familia acomodada y de excelente espíritu cristiano. Allí estuvo bastantes años y allí se casó; pero después ya no he sabido más de su vida. Se llamaba Romana y era rubia.»

Con estos detalles se alegró su corazón y preparó el viaje hacia el lugar que le habían indicado. Localizada aquella seriorial familia, obtuvo algunos datos que le habían de servir. Le afirmaron que se llamaba Romana y que se había casado con un panadero, y que después de varios años se había trasladado a otra población en mejores condiciones de trabajo y de jornal. No supieron proporcionarle otros pormenores.

Recorrió distintos pueblos en fechas distintas y nadie sabía dónde se hallaba esa familia. Oyó que en un pueblo de la provincia de Burgos habían abierto una gran panadería titulada «El Trust Triguero», pero nadie sabía qué pueblo era ese. Con todo, le dijeron que era un pueblo mercantil, cuyos mercados se celebraban todos los sábados. Compró una **Guía Mercantil** y recorrió los pueblos que en ella

figuraban. Por fin llegó a Pampliega, y apenas preguntó por Romana le señalaron la casita en que vivía.

De repente, el corazón le empezó a palpar con violencia, sintiendo una emoción que nunca había experimentado. Llama a la puerta y sale al portal una mujer rubia; la mira de hito en hito y el corazón, que parece salirse del pecho, le dice: «Esta es tu madre, que buscas.» Se arrojó a ella diciendo: «¡Madre mía!», y la abrazó fuertemente.

Ella lo comprendió todo enseguida, y llorando besaba aquel rostro que tantas veces había besado de niño, diciéndole: «Hijo mío, Luis.»

Al llamarle por su nombre, el joven se persuadió que realmente aquella mujer era su madre, y sintió en su ánimo una alegría inmensa, incomparable y muy distinta de todas las alegrías que hasta entonces había disfrutado.

—Hijo mío, Luis, ¿cómo has podido enterarte de que yo vivo en este pueblo?

Luis cuenta a su madre todas las peripecias y contratiempos que ha tenido que pasar hasta localizar este pueblo.

Romana vuelve a besar a su hijo emocionada: «Luisito, hijo mío, qué sorpresa tan grata para mí verte ya hecho un hombre. Ya veo que estás haciendo el servicio militar y que eres Cabo. ¡Cuántas veces he pensado en ti!»

«Sí, madre. En ese establecimiento nos forman muy bien. Las Hermanitas y los maestros que tenemos son personas distinguidas, que nos quieren mucho, y se desvelan por nosotros. Además de la cultura general, nos enseñan un oficio o varios si nosotros lo pedimos. Yo aprendí el de sastre y el de panadero.»

«Mira, hijo mío, nadie sabe que yo he tenido un hijo; ni siquiera Juan, mi marido, ni mis padres, que son tus abuelos y viven todavía. ¿Qué podemos hacer?»

«Mira, madre; eso ya no se puede ocultar, y no creo que sea deshonra para nadie. Además, ¿qué sabe nadie si tú eras viuda y te casaste de segundas nupcias teniendo un hijo? Yo llamaré padre a Juan, y si consiente que yo viva en vuestra compañía, al terminar el servicio militar vengo a esta casa a vivir con vosotros para disfrutar de tus cariños y, a la vez, ayudaros a llevar una vida más alegre y de buen pasar. Además, como sé el oficio de panadero puedo ayudar a mi padre, y si el Trust queda satisfecho de mi trabajo, colocarme aquí y vivir felizmente con vosotros hasta que Dios quiera.»

A la hora de comer llega Juan, el «Maestro de Pala», y se encuentra con la sorpresa de que le ha nacido un hijo mayor.

Romana, llorando, le presenta a su hijo y le cuenta todo.

Juan no se inmuta; más bien le agrada la buena nueva, sobre todo al saber que es un joven educado, hábil trabajador y con una cultura poco común, y, lo que vale más, con una fe de cristiano práctico.

Luis, terminado el servicio militar, viene a sus padres y, llenos todos de gozo, se colocó en el Trust y vivieron largos años en la paz y en la abundancia.

La Madre de todos los hombres

Esto que acabas de leer, querido lector, y que parece una novela corta, es una historia verdadera que quiero sirva como introducción a este libro sobre LA MADRE.

Luis, joven de mirada limpia, educado en el temor de Dios, es el protagonista interesante de esta breve historia que tal vez algunos no la vean muy apropiada para este libro, delicado y de sana espiritualidad mariana.

Pero el afán que manifestó este muchacho por conocer a su madre terrena cuando se dio cuenta que tenía una madre...; ese anhelo vehemente, activo y perseverante de llegar a saber quién era la madre que le dio el ser, y de verla, besarla y vivir a su lado..., y ese no desanimarse hasta conseguirlo, a pesar de tantos obstáculos y contrariedades que le salieron

al paso, es un ejemplo estupendo que debe estimular a muchos millones de seres humanos, que tienen una MADRE bellísima, inteligentísima, buenísima y santísima y... ¡que no lo saben!, y... ¡que no hay quién se lo diga!, y... ¡que no hay quien venga a hablarles de ELLA!, como al Cabo Luis se llegaban los nuevos reclutas.

Esta MADRE verdadera, a la vez que MADRE NUESTRA es verdadera MADRE DE DIOS, la Virgen María, MADRE DE TODOS LOS HOMBRES.

Pido a la Madre divina me alcance del Espíritu Santo luz y gracia para escribir sobre ELLA palabras de verdad, palabras de fuego, que penetren los corazones de aquellos que no la conocen y les encienda en amor fervoroso y agradecido.

MARIA es MADRE de más de 4.000.000.000 de seres humanos que habitan la Tierra, y a todos conoce porque todos son hijos suyos si ellos quieren; y todos tienen un alma que salvar, es decir, un espíritu inmortal y eterno que hay que salvar si no quieren ser eternamente desgraciados en el infierno, lugar de terribilísimos tormentos...

Estos cuatro mil millones largos de almas han sido redimidas con la sangre de Jesucristo nuestro Señor, que ha pagado la deuda de nuestros pecados, y desde ese instante Dios nos mira como a hijos suyos. Pero no olvidemos que este Redentor, Jesucristo, Hijo de Dios, ha venido al mundo por medio de María Santísima, su MADRE, a la que creó con dones especiales para eso, para ser MADRE DE CRISTO y MADRE NUESTRA, es decir, MADRE DEL CRISTO INTEGRO, como dice San Agustín.

La sangre con que nos redimió Jesucristo, ELLA se la proporcionó; sangre de Adán, el primer hombre pecador, que Jesucristo hizo suya. Por eso, no lo olvidemos, quiso redimir a esta Virgen bendita con redención preventiva, como veremos más adelante.

Este libro pretende, con humilde deseo, enseñar a amar a esta MADRE; pero no la podemos amar de verdad si no la conocemos a fondo. Yo quisiera tener expresiones de luz blanca, que escribiría con la sangre de mis venas, y que pro-

yectasen en las almas de todos mis lectores un conocimiento verdadero y adecuado, a cada uno según su idiosincrasia, que les haga ver quién es esta divina MADRE, lo que es ELLA para nosotros en el orden de la fe y en el orden de la gracia, es decir, en el orden de la salvación.

También nos pasa a nosotros lo que al Cabo Luis, que no conocemos a nuestra MADRE. ¡Apenas si sospechamos lo que es la Virgen María para nosotros! ¡Si pudiésemos todo el interés que este joven puso por conocer a su madre terrena, sacrificando reposo, gustos, tiempo y dinero, con todo género de molestias, hasta encontrarla, verla, abrazarla y entregarse a ella de por vida...!

¡Qué feliz serías, tú que esto lees, si tuvieses ese deseo, ese hambre espiritual de tu MADRE del cielo! Te aconsejo que, cada vez que vayas a leer algo de la Virgen, digas interiormente: ¡MADRE, enséñame a conocerte para más amarte!

Acudamos a Ella

María es fuente de vida y de verdad. Es el canal de toda gracia, pues todas nos vienen por sus manos. Es el fundamento de toda esperanza de salvación.

María es punto, es vértice de encuentro del hombre con Dios y de Dios con el hombre. Es que Dios la creó para eso, para ser MADRE, y nadie como la MADRE sabe presentar al hijo cuando éste se ha apartado del Padre...

Si falta la MADRE, falta la vida, la verdad, el amor, la fe viva, la esperanza, la alegría del corazón, la paz del alma... ¡Qué cierto es todo esto!

Si alguno vive en angustias y perpetua tristeza, que acuda a María, la MADRE, que se consagre a Ella, la invoque con filial cariño varias veces al día rezándole el avemaría, y le aseguro que pronto, muy pronto, sentirá en su alma el carisma de la alegría del corazón, producto de la MADRE, y se sentirá feliz, con esa felicidad que podemos tener en la tierra, mirando las pruebas de la vida como yugo

suave y carga ligera, que decía nuestro Señor Jesucristo.

Si alguno se encuentra enredado en vicios y pecados y quiere abandonar ese camino del infierno, acuda a María, récele el Rosario, y si al principio no puede, le parece imposible, empiece por rezar las tres avemarías y verá qué pronto la MADRE le aparta de ese terrible precipicio que a tantas almas ha llevado al infierno..., y le aseguro que hasta sentirá gran facilidad para practicar la virtud.

El que no lo crea que haga la prueba, y bien pronto se convencerá de que la MADRE de Jesús es MADRE nuestra y sabe, y puede, y quiere ayudar y socorrer a todos cuantos con fe y confianza acuden a ELLA. Si no sientes esa fe y esa confianza, pídeselas y verás qué pronto te oye y con qué facilidad puedes alcanzar las virtudes necesarias, y qué alegría sentirás en todo tu ser.

La historia de **nuestra salvación** empieza inmediatamente después del primer pecado. Celebrado el juicio y confesada la culpa, Dios da la sentencia, y castiga a Adán, a Eva y a la serpiente, que es el demonio. Y enseguida presenta el remedio: LA MUJER.

La MUJER ha pecado la primera, y la MUJER traerá el remedio. Dice Dios a la serpiente: «Pongo enemistades perpetuas entre ti y la MUJER, entre tu descendencia y la suya» (Gén. 3,15)

La historia de la **salvación eterna** se relata en la sagrada Escritura, empezando por la MUJER. Yo creo que la MUJER PROMETIDA es el principio fundamental de la Mariología. Es curioso y significativo que la sagrada Escritura, con sus 72 libros, termine el último, el Apocalipsis (cap. 12), también con la MUJER; describiendo la batalla entre el dragón o serpiente y la MUJER, que envuelta en el sol, con la luna debajo de sus pies, triunfa definitivamente del dragón, que es el diablo o Satanás. Y finalmente insiste en los capítulos 21,2 y 22,17, llamándola ESPOSA.

Esta MUJER es la ESPOSA predilecta de Dios, la MUJER PROMETIDA Y TRIUNFADORA, la humildísima Virgen María, con QUIEN EL ha querido tener **un hijo común...**

Parece que Yavé, nuestro Dios, tiene eternamente en su mente divina la persona privilegiada, excepcional, de esta MUJER. Se ve claramente, con evidencia, que la destina a grandes, a formidables empresas.

No lo olvidemos en el curso de este modesto libro; no olvidemos, sobre todo, que siendo una delicada mujer, la nada, si nos atrevemos a calificarla así, va a ser el brazo derecho del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en la obra recreadora y reparadora del mundo.

Verdaderamente, Señor, nuestro Dios, ¡eres máximo en esta criatura, a QUIEN amas más que a toda la creación junta...! ¡ELLA SOLA constituye un mundo aparte!

Yo creo que eres Tú, Señor, quien me induce a escribir con santa audacia cosas grandes, iba a decir inauditas, privilegios extraordinarios, virtudes superlativas que pusiste en tu benditísima MADRE; y que a veces me haces sentir en la oración o en la lectura, y a veces hablando a los niños. Yo creo que son tuyas y las escribo por eso y porque me mandan escribirlas. Todo lo someto a la autoridad de la Santa Madre Iglesia Católica, donde he nacido y quiero morir.

Señor, Tú dijiste muchas veces: ¡Hay infierno!
Tú dijiste, clavado en la cruz: ¡He ahí a tu MADRE!
Y... Tú NO mientes.



Capítulo 1

DIOS SOLO

Dios es espíritu

Antes de proseguir nuestro cometido, he de hacer constar que todo cuanto es la Virgen Santísima, MADRE DE DIOS y MADRE NUESTRA, es obra de Dios nuestro Señor, obra del Todopoderoso, del SER por esencia, del único SER VERDADERO, pues fuera de EL, todo es NADA.

Por eso quiero, en este primer capítulo, presentar algunas ideas básicas sobre DIOS nuestro PADRE, sirviéndome de una anécdota que me ocurrió no hace mucho, y es la siguiente:

Viajaba yo en el ferrocarril del Norte. Al llegar a Medina del Campo se montaron en el departamento de mi coche unos jóvenes que, con motivo de unas palabras de despedida que pronunció una señora (no llegué a percibir las), entablaron ellos una conversación teológica, que pronto se convirtió en diálogo.

Decían y sostenían, con gran sorpresa mía, que Dios no es espíritu, que Dios es un acto puro.

Les pregunté si eran estudiantes, y me contestaron que preparaban una Licenciatura en Salamanca.

Les pregunté de nuevo en qué libros estudiaban la Teología, porque el santo Evangelio dice categóricamente que DIOS ES ESPIRITU.

Me contestaron que, a que no les enseñaba eso escrito en el Evangelio. Ni corto ni perezoso, eché mano al bolso y saqué el Nuevo Testamento, que siempre llevo conmigo; y pensando y discurrendo, abrí en San Juan y, buscando el encuentro con la

Samaritana, capítulo 4, les leí el versículo 24, que dice claro, como el sol sin nubes:

«DIOS ES ESPIRITU, y los que le adoran han de adorarle en espíritu y en verdad.»

Les di el libro para que lo leyesen. Parece como si hubieran leído algo insólito, y se hizo un silencio de redonda, como si no diesen todavía asentimiento a lo oído y leído.

Abro de nuevo el libro al azar y sale la carta Primera de San Pablo a los Tesalonicenses (4,8), y leo:

«Quien estos preceptos desprecia, no desprecia al hombre, sino a Dios que nos dio su Espíritu Santo.»

Para que vean que **Dios es espíritu**, que la tercera Persona se llama Espíritu Santo...

Buscando en la Segunda a los Corintios, hallo, en el capítulo 3,17, esta magnífica expresión:

«El **Señor es espíritu**, y donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad.»

Como ven, la Escritura está clara, explícita y correcta.

Además es doctrina de fe, definida en el Concilio Vaticano I con estas palabras: «Dios... es sustancia espiritual, única, absolutamente simple e inmutable». (De Fide Cath., cap. 1)

Lo que yo creo

Seguimos hablando y, como empezaron a mirarme con cierta simpatía y gran atención, les hice mi profesión de fe.

Yo creo, les dije, que hay un solo Dios, Espíritu purísimo; no un espíritu como lo es un ángel o un alma, no. Dios es ESPIRITU PURISIMO, infinitamente perfecto y eterno, que tiene tres personas distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Creo que el Hijo procede del Padre por vía de inteligencia (engendrado, no creado, como decimos en el Credo de la Misa), y en el Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo por vía de Amor. De este mutuo Amor bro-

ta la Persona del Espíritu Santo, igual al Padre y al Hijo, lazo mutuo que une a los dos y, sin embargo, distinto del uno y del otro.

Creo en las relaciones divinas de esa Trinidad de Personas, y en la circunmnsesión, es decir, en la existencia de cada una de las tres divinas Personas en las otras dos, sin detrimento de su distinción recíproca.

Dios es espíritu sin ningún género de duda.

Este Dios Trinitario es el único SER NECESARIO, que tiene en su esencia la razón de su existencia, es decir, que tiene en SI MISMO un atributo que llaman los teólogos ASEIDAD, por el cual Dios existe eternamente por sí mismo.

DIOS NO ha recibido existencia. La posee por sí mismo necesariamente: Es su misma existencia. Es de una vez, sin crecimiento o disminución posible, todo lo que es.

EL es el Inefable, Aquel a quien ningún vocablo puede designar. Está en todo y nada es EL. «En EL vivimos, nos movemos y existimos». (Hch. 17,28)

Los atributos de Dios son infinitos, y el hombre, en su pequeñez, no es capaz de comprenderlo. Cosa que tampoco es necesaria.

Este SER es infinitamente bueno, infinitamente Padre, infinitamente Justo, y nunca podremos juzgar con acierto sus designios. Qué bien lo dice San Pablo a los Romanos (cap. 11,33): «¡Oh, profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién conoció el pensamiento del Señor? O ¿quién primero le dio, para tener derecho a retribución? Todas las cosas son de El, y todas son por EL, y todas existen en EL. A EL sea la gloria por los siglos.» Amén.

Y seguí diciendo: «Creo en Jesucristo nuestro Señor, segunda Persona de esta Trinidad, que se encarnó en el seno purísimo de María, y que vino a redimirnos del pecado, derramando su sangre por todos los hombres. EL'nos dijo: «Yo soy el camino,

la verdad y la vida.» Y también: «Yo soy la resurrección y la vida.»

Cristo es la vida, la vida en absoluto, no sólo en el orden sobrenatural, que es la vida de la gracia, vida divina de valoración infinita, sino cualquier género de vida. Sin Dios no hay, no puede haber vida, ni la vida más rudimentaria de un protozario o de un líquen.

Toda la vida de la naturaleza es obra de Dios, creador y conservador de todo. Aunque, desde luego, a la naturaleza le falta algo mejor que tenía antes del pecado del hombre, y por eso dice San Pablo: «Están las cosas sufriendo como dolores de parto».

Es verdad que las obras «ad extra» son comunes a las tres divinas personas, pero San Juan, en el capítulo primero de su Evangelio, dice categóricamente:

«Que todas las cosas se hicieron por el Verbo, y sin EL no se hizo nada de cuanto ha sido hecho.» Esto se explica porque Dios hizo todas las cosas con su Palabra, y la Palabra de Dios es el Verbo Eterno, la Sabiduría del Padre, segunda Persona de la Santísima Trinidad, es decir, Jesucristo nuestro Señor. Y a este Señor se le escapó esta expresión: «Yo, como el Padre, siempre actuando.»

Dios NO es un acto, es ESPIRITU perfectísimo que está infinitamente en acto, siempre obrando.

Filósofos de ayer y de hoy

Jesucristo, nuestro Señor, corrigió a todos los filósofos de la antigüedad muy sencillamente con sólo estas tres palabras: «DIOS ES ESPIRITU». (Jn. 4,24)

Pero ahora aparecen ciertos rabinos, católicos o no católicos, que oyéndoles hablar parece que son platónicos puros. Y parece también que ignoran el santo Evangelio o, por lo menos, lo relegan a segundo o tercer plano. ¡Y dicen que enseñan Teología...! ¡Pero si la quintaesencia de la Teología es el Evangelio! Y algunos de esos teólogos (sic) han llegado a enseñar que «Dios está enfermo, que está desintegrado, que ha muerto.»

Por lo visto, para ellos las TRES divinas PERSONAS han dejado de existir, y sólo queda el acto. ¡Qué cosas se enseñan y se escriben hoy! Parece que la sindéresis está en baja forma.

Mi intelecto es incapaz de aceptar el hilemorfismo, el creer que un acto puro sea el ser infinito. Sin embargo acepta con facilidad que el SER, espíritu infinitamente perfecto, tiene TRES PERSONAS y está infinitamente en acto, y es eterno... Esto, sí; lo otro, ¡NO!

Nosotros sigamos a Jesucristo y, unidos a la cátedra de Pedro, digamos muy fuerte para que lo oigan todos los hombres de todos los pueblos y de todas las razas:

Dios es ESPIRITU.

Dios es el SER por excelencia, EL QUE ES. YO SOY QUIEN SOY, dijo a Moisés.

Dios es la VERDAD, EL AMOR Y LA VIDA.

Dios es el AMOR SIN LIMITES.

Dios es la ETERNIDAD SIN PRINCIPIO NI FIN.

Dios es la ETERNA JUVENTUD INFINITAMENTE FELIZ.

Dios es lo MAS EXCELENTE QUE SE PUEDE DECIR O PENSAR.

Dios, SER INFINITO, es incomprendible para el hombre viador, como también es incomprendible lo que tiene preparado para los que creen en El y le aman.

¡Ah! Se me olvidaba: también para los que no creen en EL...

El poder de Dios NO ha disminuido, sigue omnipotente, con imperio irresistible, lo mismo que en tiempo de Noé y de Moisés.

Jesucristo es Dios omnipotente, su poder es el poder del Padre Eterno, y como un día resucitó a los muertos, y paró las tempestades, y arrojó a los demonios, así hoy, y muy pronto, demostrará con imperio absoluto, con soberanía asombrosa e increíble, su poderío total y completo.

Dómine, ne moréris! — ¡Señor, no tardes!

Hoy más que nunca, hay muchos que contemplan a Dios como los antiguos filósofos gentiles, sólo con la mente, y no la mente y el corazón a la vez; creen en un Dios abstracto y no creen a Dios.

No creen que la vida divina en su fuente es la Santísima Trinidad. No creen que Dios es la plenitud del ser y al contemplarse a SI mismo desde toda la eternidad es origen del Verbo, y este Verbo es su HIJO, distinto de El y, sin embargo, enteramente igual a EL, imagen viva y sustancial suya.

Ama el Padre al Hijo, y del Hijo es amado; de este amor mutuo brota el ESPIRITU SANTO, distinto del Padre y del Hijo, de los que procede, y enteramente igual al uno y al otro.

Creemos en Dios con fe viva y creamos a Dios, es decir, lo que ha revelado al hombre en los santos Evangelios y en la sagrada Escritura en general, así como cuanto enseña la santa Madre Iglesia, y dejemos en último plano las teorías filosóficas de gentiles y no gentiles. No vengamos a ser de aquellos que dice el santo rey David en el salmo 14: «Dijo el necio en su corazón: "No hay Dios".»

Tenemos fuentes vivas y abundosas donde beber y saciar nuestra sed y buscamos aljibes rotos, como dice la Escritura. ¡Dios Santo! ¡Qué aberraciones estamos viendo y oyendo! ¡Qué confusiónismo hay en el mundo de las ideas entre el plano natural y sobrenatural, entre lo verdadero y lo falso y hasta entre las actividades técnicas e intelectuales y la vida espiritual y religiosa de los individuos!

Todos se creen con derecho a enseñar, y qué pocos dispuestos a escuchar al que puede y quiere enseñarnos en nombre de Dios, al Soberano Pontífice de Roma, hoy Pablo VI, mañana el que Dios disponga.

¡Cuánta necesidad tenemos todos de **orar mucho y bien** para saber soslayar este maremoto que parece quiere acabar con la barquilla de Pedro, que es la verdadera Iglesia de Dios! Pero NO TEMAIS, está escrito: «No prevalecerán contra Ella».

La oración necesaria

Al terminar mi viaje, nos despedimos y sentí en mi alma la impresión de que este diálogo o, mejor, esta breve charla, había dejado impacto en ellos.

Cuando me vi solo, conectado con Dios, le decía: Envía, Señor, tu Espíritu, que eres Tú mismo, y reharás, renovarás, transformarás la faz de la tierra, la faz de esta pobre arcilla humana que tanto necesita de tu ayuda y de tu gracia.

¡Señor!, auméntanos la fe y danos espíritu de oración, hoy tan olvidados, y seguramente ambas cosas te obligarán a enviar del Cielo toda la gracia y la luz y la fortaleza y las energías necesarias a este

pequeño planeta objeto de tu amor, a esta «bola brillante», a «esta poca cosa», —como decían los astronautas del Apolo XI— que busca la felicidad fuera de TI, y así vemos que no hay paz ni bienestar.

Señor, Dios nuestro, en los últimos cien años has enviado a la tierra a tu santísima MADRE repetidas veces y de manera casi escandalosa, con mensajes de amor y de misericordia. Y lo has hecho a personas sencillas:

- A una religiosa de la Caridad en París.
- A una pastorcita en los Pirineos de Lourdes.
- A tres niños pastorcitos, portugueses, en Fátima.
- A una joven esposa, en Siracusa de Sicilia, y en otros lugares, y a todos ellos viene LA MADRE **pidiéndonos** a todos que tengamos fe, esperanza y caridad, y pidiendo otra cosa que comprende esas virtudes, a saber: ORACION.

Y a la ORACION quiere que juntemos el sacrificio y la conformidad cristiana en las pruebas y contrariedades que puedan ocurrirnos en esta pobre vida, porque los hombres han olvidado que son viajeros, es decir, peregrinos que van a la Patria, a la Vida; porque esta tierra no es la PATRIA, y esta vida no es la VIDA.

Esto quiere decir que la providencia de este Dios eterno piensa en nuestro planeta como pensaba hace millones de años, cuando le creó con amor inmenso, y sigue, como entonces, cuidando de él y esperando que sus habitantes pensemos con sensatez y acudamos a pedirle protección por medio de **su** MADRE divina, que también lo es nuestra.

Cuando la Virgen se ha presentado con esta sorprendente frecuencia, y siempre pidiendo oración y virtudes, debe hacernos reflexionar seriamente y temer a la justicia de Dios que está clamando un te-

rrible castigo por los innumerables pecados de este mundo impío.

Acudamos todos unidos a LA MADRE, intentemos conocerla un poquito más leyendo libros que traten de ELLA y meditando sus virtudes, pues el alma que mete la presencia de María en su vida se hace enseguida amable, dócil, casta, sacrificada y... ágradecida a Dios nuestro Padre.

